

El Peligro del Humanismo “Cristiano” en la Iglesia Moderna y Algunas Soluciones

Por Patrick Hurd

Frecuentemente el humanismo hace énfasis en la importancia del individuo por sobre la totalidad de un grupo. De este modo, “el rabo comienza a mover al perro” a medida que las “necesidades” individuales de un todo desintegrado alcanza la cima de las prioridades. El humanismo “Cristiano” es justo la “cristianización” del humanismo secular; la premisa básica es la misma premisa del humanismo secular. Es la personificación de la perspectiva piramidal de abajo hacia arriba aplicada al ministerio de la iglesia.

El humanismo la arremete directamente contra la soberanía de Dios. "¡Dios simplemente no puede hacer nada sin nosotros!", clama el humanismo. Aunque ninguno de nosotros negaría Su soberanía en teoría, la manera en que la iglesia aborda el ministerio frecuentemente traiciona su verdadero entendimiento de Su soberanía. No nos engañemos: cuando Jesús dijo que las piedras clamarían antes que Él se quedara sin alabanza alguna, eso es exactamente lo que hubiese sucedido (Luc. 19:39, 40). El Creador de los cielos y la tierra no depende de nosotros para recibir Su alabanza o cualquier otra cosa. Cuando Dios dice que Su palabra no regresará a Él hasta que haya cumplido todo lo que Él se ha propuesto, no hay aquí ninguna contingencia que se relacione con la humanidad o con cualquier otra cosa (Isa. 55:10, 11). Y cuando Jesús dijo, "... y sobre esta roca edificaré mi iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella...", Él quiso decir exactamente eso, independientemente del grado de participación del hombre, o de la falta de ella en el plan (Mat. 16:18). La diferencia entre el hombre haciendo la obra de Dios y el hombre siendo parte de la obra de Dios es algo sutil, no obstante, la perspectiva impacta grandemente la manera en que abordamos el ministerio en la iglesia. El humanismo exalta a la humanidad impulsándola hacia la deidad a expensas de la soberanía de Dios.

La manera en que la iglesia responde a las difíciles preguntas planteadas por la realidad de los padres ausentes en un mundo imperfecto revela su verdadera actitud hacia la familia. Centremos nuestra atención en el recurso número uno de la iglesia: la familia.

Las Familias de la Iglesia - ¿Recurso o Herramienta?

Desdichadamente, la metodología usada por muchas iglesias en la actualidad tiende a reducir la función de la familia, de un recurso de la iglesia a una herramienta usada por la iglesia.

Definición de "Recurso" - una fuente de apoyo o ayuda; medios que pueden ser usados de manera provechosa.

Definición de "Herramienta" - un implemento o máquina usada para realizar un trabajo o llevar a cabo una tarea.

La industrialización de nuestra nación fue un proceso que consistió en aprender como

transformar los recursos naturales en productos para el consumidor. Esto fue bueno. Sin embargo, es importante ver que el proceso de transformación es un proceso de desintegración de un recurso; el recurso no se queda en su estado original. Las herramientas (y muchos otros productos) usadas para llevar a cabo tareas son el resultado de una desintegración de recursos. El recurso ya no es útil (excepto, quizás, por los subproductos de la desintegración). Esto es bueno cuando se habla de bienes de consumo; es malo cuando se habla de la familia.

¿Cuántas veces se le ha dicho a un padre? "Pero necesitamos una persona fuerte como su hijo, para que sea ejemplo a los otros jóvenes y para ministrar a los chicos que no provienen de familias fuertes como la suya?" Este es un ejemplo de un recurso destinado a la desintegración, hacia el cumplimiento de una tarea. Si la desintegración se lleva a cabo, la familia (el recurso) ya no es un recurso, sino una composición de subproductos. Este método de utilización de la familia ha invadido todo lo que hacemos como iglesia. La familia es desintegrada en subproductos: esposo, esposa, adolescentes, niños, bebés. Luego los subproductos van por allí realizando la tarea de ministrar a los otros subproductos: la esposa a los niños de la clase de la Escuela Dominical, enseñando a un grupo de pequeños subproductos; los adolescentes, siendo enseñados por el subproducto de otra familia desintegrada; etc.

Los Frutos de la Desintegración

La idea de programas segregados por edades patrocinados por la iglesia (i.e., la Escuela Dominical, los grupos juveniles, los niños de la iglesia, etc.) es algo muy nuevo en relación con toda la historia de la iglesia. Aunque en la superficie parezcan tener éxito, el verdadero fruto de esta desintegración se pone de manifiesto en la iglesia y en la comunidad a través de las familias en muchas maneras.

Los grupos juveniles tienden a minar la autoridad de la estructura familiar. La unidad familiar está diseñada para proveer una atmósfera de cuidado, entrenamiento, aprendizaje y recreación, lo mismo que de responsabilidad y disciplina. El grupo juvenil toma el buen tiempo con la gente joven lejos de la familia (entrenamiento y recreación), y deja las duras disciplinas (la responsabilidad y la disciplina) en la familia.

Esto provee un caldo de cultivo en las reuniones juveniles para el descontento abierto y para la queja en frente de los demás (con frecuencia bajo la apariencia de "compartir peticiones de oración"). Y lo que realmente hacen es "compartir su ignorancia" y su incapacidad para encontrar soluciones para tratar con sus padres. Este descontento y abierta falta de honor se propaga rápidamente a otros jóvenes que previamente estaban contentos con su familia.

Los grupos juveniles proveen una atmósfera para transferir las lealtades desde la familia y los hermanos a los compañeros y líderes dentro de los grupos. La lealtad requiere conformidad con los estándares éticos del grupo al cual uno es leal. Es sumamente probable que los estándares del grupo de iguales (generalmente de la misma edad) se hallen por debajo de los estándares éticos de la mayoría de padres de los jóvenes que son miembros del grupo. Esta evidencia se pondrá de manifiesto en cualquier grupo de iguales cuando los

estándares éticos comienzan a ajustarse al mínimo común denominador del grupo con el objetivo de competir con los grupos y actividades seculares para aumentar la asistencia.

Es verdad que este no es siempre el caso. Hay situaciones en las cuales los estándares éticos de un grupo son elevados y se hacen valer. Sin embargo, los grupos juveniles tarde o temprano se deslizan por debajo de los estándares éticos de la iglesia con la cual están afiliados. El deseo de una mayor cantidad de asistentes y la carencia de disciplina Bíblica en la iglesia son cosas que ponen presión sobre cualquier grupo de personas para que ajusten sus estándares éticos y que se acomoden al mínimo común denominador (i.e., para hacer que tantos como sea posible se sientan cómodos y bienvenidos). En la actualidad, debido en parte a un sobre-énfasis en el crecimiento, la disciplina eclesiástica y la ética Bíblica prácticamente no existen.

Los grupos juveniles tienden a ser cortos de vista en sus esfuerzos ministeriales: saltando de un programa o área a otra en lugar de enfocarse en un proyecto a lo largo de un período prolongado de tiempo. Los grupos de jóvenes también tienen la tendencia a orientarse más hacia los iguales en el ámbito de su ministerio. Creo que la familia, entrenada adecuadamente por la iglesia, provee una atmósfera que amplía el ámbito de las oportunidades de ministerio y provee un centro de para entrenar a los jóvenes para el ministerio.

Los grupos juveniles fomentan actividades que promueven la preocupación con las relaciones entre muchachos y muchachas. No hay nada constructivo en esto. Es algo que distrae de cualquier aprendizaje o ministerio real que pudiera llegar a ocurrir; produce una indebida presión de los iguales sobre los chicos y las chicas que los hace comprometer sus convicciones; es un terreno abierto para los sentimientos heridos, la amargura, la ira, los celos, etc.

Los grupos de jóvenes facilitan una actitud prevaleciente en nuestra nación en la actualidad, especialmente entre los hombres, que dice, "Tengo el derecho de tener el tiempo para mí mismo, haciendo lo que quiero hacer." Por lo tanto, muchas horas pasan horas lejos de sus familias "siendo hombres": pescando, jugando al golf, haciendo deportes, de cacería, bebiendo, etc. No me malinterprete, creo que la gente necesita tiempo para disfrutar de las cosas que les divierten hacer. Sin embargo, los grupos de iguales tienden a enseñarles a los jóvenes que la diversión es un derecho personal que puede realizarse mejor lejos de la familia y sus responsabilidades. Las familias deben enseñarles a los jóvenes como divertirse dentro de las responsabilidades de la familia.

Tome en consideración la siguiente progresión como un posible resultado de los efectos que desintegran la familia:

1. La lealtad espiritual y emocional de los hijos y las esposas cambia de los padres y esposos a los pastores, maestros de Escuela Dominical y los ministros de jóvenes;
2. Los padres entregan a los ministros de la Iglesia su posición ordenada por Dios como la cabeza espiritual del hogar;
3. Luego los padres abandonan su liderazgo en la iglesia y tarde o temprano dejan de asistir;

4. Cuando el padre deja de asistir, deja de diezmar;
5. La disminución de los diezmos hace que la iglesia no tenga suficientes fondos. La iglesia ya no puede financiar sus responsabilidades jurisdiccionales dadas por Dios;
6. Cuando las responsabilidades de la Iglesia dejan de cumplirse, el estado hace acto de presencia para ocuparse de aquellas necesidades;
7. Sin embargo, el estado tampoco puede financiarlas, excepto aumentando los impuestos de sus ciudadanos.

El punto aquí no es tratar de armar todo un caso de lo que aqueja a nuestra sociedad, sino reconocer que las ideas que tenemos e implementamos tienen consecuencias en las vidas de las personas a nuestro alrededor y probablemente tienen más alcance de lo que pensamos o incluso del que nos proponemos.

Los programas para niños (la iglesia infantil, la Escuela Dominical, etc.) sirven para reforzar la noción de que los niños tienen necesidades especiales que se atienden mejor en ambientes especiales propios en lugar de hacerlo en el hogar. Existe la creencia que la enseñanza debe ser simplificada a su nivel y a sus períodos de atención. También se cree que a los adultos se les atiende mejor sin las distracciones causadas por los niños ruidosos e inquietos, y que la iglesia necesita ser "divertida" para inculcar un deseo permanente de seguir yendo a la iglesia a medida que los niños maduran. Este enfoque establece el fundamento y refuerza la orientación a los iguales en lugar de reforzar la orientación hacia la familia y esto no solamente en los niños, sino también en los padres. Tanto los niños como los padres llegan a condicionarse a esperar que alguien en la iglesia provea servicios que llenen sus necesidades personales en lugar de dar entrenamiento para proveer a sus propias necesidades lo mismo que para las necesidades de otras familias no tan afortunadas como la propia.

Alternativas al Problema

A medida que los padres reconocen los síntomas anteriores en otras familias cuyos hijos son ya mayores, comenzarán a evaluar sus propias alternativas, queriendo evitar ese mismo fruto en sus propios hijos. Una alternativa que está adquiriendo impulso en los Estados Unidos es el Movimiento de la Iglesia Hogareña. Impulsada por el deseo de adorar y trabajar como familias, este movimiento está trasvasando poco a poco lo mejor de la iglesia tradicional y su material ya antiguo. Los mejores líderes potenciales de la iglesia del mañana están descubriendo que tienen poco en común con el enfoque de la iglesia tradicional para ministrar a ellos y a sus hijos.

Así que la pregunta se mantiene vigente: ¿Cómo trabajan juntas la iglesia y la familia para cumplir el mandato de Cristo de discipular a las naciones y bautizarlas? Con un entendimiento de la autoridad jurisdiccional, la responsabilidad y el ámbito más una perspectiva global del evangelio que está investida de poder por la soberanía de Dios, creo que ahora podemos ver un enfoque bíblico de la familia como un recurso que trabaja junto con la iglesia.

Redescubriendo la Visión para Nuestra Iglesia y las Familias

Los Cristianos reuniéndose como familias e individuos en el nombre de Jesucristo como Su Iglesia deben tener delante de sí la directriz principal que nuestro Señor le dejó a Su Iglesia: hacer discípulos de todas las naciones. Cualquier cosa más allá de esta directriz tiende a convertirse en nuestro propio hacer; se convierte en iniquidad. Esta es la esencia de la jurisdicción: conocer nuestras responsabilidades y los límites.

La carta de Pablo a la iglesia de Éfeso nos dice que Jesús le ha provisto a Su iglesia de los medios necesarios para llevar a cabo esta tarea y los resultados que deben darse: "... a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio..." (Efe. 4:11-16.) Todo lo que hacemos como el cuerpo reunido de creyentes es estar enfocados en la directiva principal de hacer discípulos: el resultado a de beneficiar a aquellos que se encuentren a nuestro alrededor y a Su reino. Estamos llamados a ser fieles a Su mandamiento y solamente al suyo, y a nadie más.

Para este fin hay dos ideas que dominan el pensamiento y filosofía de muchas iglesias prominentes en la actualidad y que nos distraen haciendo que no fijemos nuestra atención en el foco de Su directriz: 1) El crecimiento de la iglesia (cantidad vs. calidad) y 2) la apelación a la Iglesia (forma vs. sustancia) (sensibles al buscador.)

Estas dos ideas son fruto de nuestra aplicación errónea de la Gran Comisión. En lugar de "Id, y haced discípulos," hemos asumido una responsabilidad que no es nuestra: "Id, y haced Cristianos." No me malinterprete: Reconozco la importancia del evangelismo y la predicación del evangelio de Cristo a todos los que quieran escuchar, pero esa es la extensión de nuestra responsabilidad. Es Dios el Padre quien atrae a los hombres hacia Él, no nuestra predicación, nuestra apologética persuasiva, la música extravagante, o los auditorios bien pulidos. En un sentido real, Él nos ha encargado únicamente que encontramos a aquellos que Él ha llamado, para discipularles a fin de que salgan de los caminos del mundo, y para enseñarles a obedecer todo lo que Él ha mandado.

Hasta que reconozcamos que hay circunstancias más allá de nuestro control y de nuestro ámbito de responsabilidad, y aprendamos a vivir dentro de los límites jurisdiccionales asignados por Dios para nosotros tendremos la tendencia a desperdiciar recursos en aquellos a quienes Dios tiene aún que revelarse, tratando de convencerles de que abandonen sus pecados y se unan a nosotros. Debido a que no podemos estar contentos con hacer solo lo que hemos sido llamados a hacer, inevitablemente comprometemos el evangelio de Jesús, el llamado a la santidad, el llamado a ser un pueblo distintivo, para que una persona más pueda acomodarse en el "reino." Sacrificamos la antítesis ordenada por Dios (la distinción entre el reino de Dios y el reino de Satanás) sobre el altar del iglecrecimiento, y lo hacemos en nombre de la compasión; no podemos soportar el pensamiento de dejar a alguien por fuera. Por lo tanto, "haced discípulos, enseñándoles que guarden todo lo que os he mandado..." es algo que se vuelve confuso cuando la iglesia está preocupada con quedar bien con la mayor cantidad de audiencia posible y ser políticamente correcta para conseguir a tantos como se pueda para que asista a la iglesia (y, con mucha esperanza, que vaya al cielo.)

De igual manera, la tendencia de hacer que la iglesia sea atractiva para la audiencia en general ataca la antítesis ordenada por Dios. Construimos nuestros templos para que parezcan centros comerciales, equipados con suficientes “tiendas” que llamen la atención de todos, con todo tipo de clases de Escuela Dominical que uno pueda imaginar o para cada tipo de persona o pareja. Nuestras iglesias se han convertido en el escenario de producciones musicales y teatrales que competirían con las producciones de Broadway. “Si el mundo secular encuentra el éxito en ello, con seguridad que la iglesia puede beneficiarse de las mismas ideas.” Trabajamos en el “atractivo” de nuestra iglesia hasta el punto que enfatizamos la forma de la adoración por encima de la sustancia de la adoración. La forma sin sustancia deja a muchas familias y personas vacías y vulnerables a las tormentas de la vida y a los esquemas del enemigo.

No es un hecho sin importancia que la Primera Iglesia de Jerusalén estuviese tan despreocupada con la forma y enfatizara tanto la sustancia que la gente de la ciudad en realidad tenía temor de estar alrededor de ellos. Ellos también tenían personas que eran “muertas” en sus llamados al altar, ¡pero pienso que esto era algo más literal que lo que vemos en los llamados al altar en la actualidad! ¿Puede imaginarse una iglesia en la actualidad donde los quebrantadores del pacto en realidad perdieran la vida? Ahora, ¡eso sí es una antítesis piadosa! No obstante, la Escritura registra que Dios estaba añadiendo personas a la iglesia cada día.

Enfocándose en una Actitud

La sustancia por sobre la forma es el tipo de actitud que es necesaria para entrenar a los esposos y a los padres para que lleguen a ser hombres poderosos de Dios que estén equipados para “estar en el mundo, pero no ser parte del mundo”; para presentar soluciones Bíblicas relevantes a los problemas que se enfrentan en la vida cotidiana; para criar generaciones piadosas, dedicadas al llamado y a las convicciones de sus antepasados. El punto focal de las energías de los ancianos ha de orientarse hacia los padres, la esfera de mayor influencia donde se ganan o se pierden las familias. Esto no significa que todas las otras necesidades o ministerios hayan de ser abandonadas o dejadas de lado; significa que el foco principal de aquellos que son capaces de hacer discípulos se debe dirigir hacia las personas de la iglesia que influenciarán a una mayor cantidad de gente. Es sumamente probable que estos sean los padres.

¿Qué tipo de entrenamiento debiesen estar recibiendo los padres? Intimidad con Dios. Ahora, esto cubre una gran extensión de territorio, pero lo que quiero enfatizar aquí es la necesidad de entrenamiento en liderazgo familiar: entrenar a los padres para llevar a sus familias a la presencia de Dios durante los tiempos de adoración en familia; enseñarles a sus esposas e hijos la Escritura y como aplicarla correctamente en las circunstancias de su llamado como familia; a saber como transferir efectivamente las convicciones de los padres a sus hijos y a sus nietos, lo que les capacitará para llevar a cabo la obra del llamado de la familia.

Quizá todo esto suena muy bien, como un “pastel en el cielo,” algo sumamente ingenuo. Permítame decir que la razón por la cual no vemos que mucho de esto suceda no es del todo culpa de la iglesia. La culpa principal se halla en los esposos y padres – nuestros padres; la

iglesia sólo ha estado haciendo su mejor esfuerzo para ajustarse a nuestro descuido y abandono. Sin embargo, veo que está sucediendo un creciente avivamiento de los esposos y padres por toda la nación, y es tiempo que la iglesia reconozca esto y responda en consecuencia.

Sin embargo, a lo que la iglesia continúa respondiendo es a una continua actitud entre muchos hombres que dificulta el verdadero discipulado y que debe ser confrontada: la apatía y la independencia.

La apatía es tan sutil, es difícil de reconocer y abordar en muchas personas. Una persona dominada por la apatía puede tener una visión, pero no hay un plan práctico de juego que ayude a la consecución de la visión. Puede haber mucho conocimiento de la Biblia, pero no hay un sentido de verdadera aplicación en la vida real. La apatía acepta la mentira de que hay algunos asuntos en la vida que realmente son neutrales; no importa si las cosas son de una manera u otra. La apatía rechaza la verdad de que, para todas las ideas y acciones, existen consecuencias ahora y en el futuro. Este tipo de pensamiento no se puede encontrar en la palabra de Dios, sino que es producto de una sociedad pluralista que ha aceptado la premisa de la relatividad de los valores. En última instancia, hay poco por lo que valga la pena pelear, tomar una posición firme o morir.

Una actitud de independencia, de derechos y libertades personales, se halla tan implantada en nosotros como pueblo, como nación, tan parte de nuestra herencia e identidad nacional, que es algo difícil hablar de ella en un sentido negativo. Junto con los errores y abusos que han sucedido en la comunidad Cristiana durante los pasados 30 ó 40 años, tales como el movimiento del discipulado/pastorado de los 1960s, la sumisión Bíblica es un concepto del cual algunos de nosotros no queremos volver a escuchar. El problema es que no va a desaparecer. Jesús nos ha mandado a ser mutuamente sumisos entre nosotros mismos y al liderazgo que Él ha ordenado para nosotros. No puede existir una apelación válida al así llamado “sacerdocio de todos los creyentes” cuando se ve confrontada con la sumisión a la jerarquía de autoridad ordenada por Dios.

Los esposos y los padres deben comprender el llamado específico de Dios para su vida y la vida de su familia, y deben determinar ser fieles a ese llamado independientemente de las circunstancias a su alrededor. Saltar indiscriminadamente de un compañerismo a otro debido a desacuerdos con la dirección del liderazgo en un área particular es negar la soberanía de Dios en acción, Su supervisión de Su iglesia, y es magnificar nuestra propia autonomía por encima de la sumisión a los agentes ordenados por Dios. Nosotros, como hombres, debemos aprender a trabajar pacientemente a través de las duras lecciones que Dios pone delante de nosotros en lugar de decirle a Dios “¡No tengo porqué tomar esto!” e irnos a alguna otra parte.

Debe haber cambios en el pensamiento tanto de parte del liderazgo de la iglesia como del liderazgo de la familia para que haya un efectivo trabajo en unidad de la iglesia y la familia. La iglesia debe dejar de hacer las cosas que no está llamada a hacer y los padres deben retomar las cosas que están llamados a hacer. Recientemente estaba visitando a un pastor amigo que está comenzando una nueva iglesia. Me contó de una llamada telefónica que recibió de alguien que estaba interesado en la iglesia. El que preguntaba, durante el curso

de la entrevista, preguntó qué estaba haciendo mi amigo pastor para catequizar a los niños de la iglesia. El cambio de pensamiento ocurrirá cuando los pastores les pregunten a los padres qué están haciendo para catequizar a sus propios hijos.

Conclusión

Parece que el clamor sincero del Movimiento de la Iglesia Hogareña es “regresar a los principios básicos.” Eso generalmente significa regresar al modelo de iglesia del primer siglo. En realidad me opongo a tal actitud. Niega la supervisión de la iglesia por parte del Espíritu Santo estos últimos 2000 años. No quiero regresar al modelo de iglesia del primer siglo más de lo que quiero regresar humanamente al vientre. Jesús nos ha llamado a la madurez como iglesia; Él está perfeccionando a Su prometida.

Sin embargo, regresar a los principios básicos está bien cuando quiere decir examinar de dónde hemos venido con una visión de lo que se supone que debiéramos estar haciendo y hacia dónde iremos en el futuro. El tercer milenio proveerá nuevos desafíos y oportunidades para la iglesia. El humanismo se está desmoronando ante nuestros propios ojos. ¿Está la iglesia preparada para dar un paso al frente con las soluciones que el humanismo del siglo veinte no pudo dar? Nuestros hijos y nietos son los líderes de la iglesia del tercer milenio. ¿Está la iglesia actualmente “equipando a los santos para la obra del ministerio” en el tercer milenio? ¿O va la iglesia a ser barrida junto con la próxima ola de “iluminación” como lo ha sido en los últimos cien años?

Estas son las preguntas que muchos padres se están haciendo. Se están dando cuenta que las respuestas están siendo actualmente grabadas en la roca y están vigilantes en su determinación de hacer una diferencia que afecte el futuro. Perciben que los requerimientos para la vida piadosa de sus hijos se han intensificado desde que ellos mismos eran niños, sin embargo, los programas de la iglesia tradicional han sido de poca ayuda para ayudarles a crecer y madurar y han hecho muy poco para abordar los asuntos que enfrentan actualmente sus hijos.

Es esta vigilancia la que parecen pasar por alto los líderes de la iglesia, quienes probablemente criaron exitosamente a sus hijos utilizando los programas de la iglesia de hace 30 ó 40 años, y también los miembros de la iglesia que probablemente se miran a sí mismos como productos exitosos de los programas tradicionales. No estoy hablando de una vigilancia radical y categórica; a las familias que conozco les gustaría traer a su familia de manera tranquila a la adoración y ser parte del compañerismo y sus programas como familia. Lo que descubren es que hay pocas oportunidades para tener compañerismo con otras familias de la iglesia dentro de los programas de la iglesia. La falta de oportunidades para tener compañerismo lleva a un sentimiento de “distancia” del compañerismo por parte de la familia. Con el tiempo, uno llega a darse cuenta que el padre de esta familia ya no es invitado al liderazgo o a ocupar papeles de enseñanza, y quizá es visto incluso con sospecha cuando trata de crear oportunidades para tener compañerismo entre su familia y otras familias de la fraternidad.

Para que la iglesia maximice su efectividad, debe tener en mente la misma meta de la institución que forma su composición: la transferencia de convicciones de generación en

generación. La familia debe saber cuáles son esas convicciones; qué es lo que vale la pena transmitir de generación en generación; aquello por lo cual vale la pena morir. En este sentido, la iglesia y la familia tienen una labor muy específica que alcanzar que no puede apartarse de ninguna de las dos. Para ver esa labor realizada, cada institución debe reconocer y honrar las responsabilidades propias y las de la otra, enfocándose en aquellas responsabilidades y únicamente en ellas, ser fiel a su cumplimiento, y ser responsables la una ante la otra. Sólo entonces comenzará la iglesia a dar a luz discípulos que estén equipados para asumir los desafíos del siglo veintiuno con soluciones bíblicas de magnitudes de largo alcance.

Patrick Hurd es líder de una iglesia hogareña y educa a sus hijos en casa. Vive en Weatherford, Texas.